

## LO QUE EL CONSTRUCTIVISMO SE LLEVÓ... (O se quiere llevar...)

JUAN CARLOS CUEVAS ZÁRATE  
ego.praetor@yahoo.com.mx

Hace poco escuché a una estudiante describirme una experiencia que vivió mientras realizaba sus actividades en el aula durante sus jornadas de observación y práctica docente. El diálogo que entabló conmigo se desarrolló más o menos de la siguiente manera.

*MAESTRO (M).- Por favor, alguno de ustedes cuénteme acerca de las experiencias vividas en su pasada jornada (de observación y práctica docente). Preferentemente alguien que haya tenido problemas con sus alumnos.*

Surge entonces al fondo del aula una mano pidiendo la palabra:

*ESTUDIANTE (E).- Tuve una mala experiencia con un alumno que no quería trabajar de acuerdo a las instrucciones dadas. Estábamos trabajando con ecuaciones de primer grado, específicamente utilizando el método de suma-resta. Les dejé algunos ejercicios para resolver en casa pero al otro día me los entregó resueltos con el método de sustitución. Tuve que señalarle que no siguió las instrucciones.*

*(M) ¿Y sus resultados eran correctos?*

*(E) Sí, pero no era lo que se había pedido. Por eso no se lo acepté.*

No dudo que hayan existido palabras más o menos en aquel diálogo, sin embargo la idea principal es la misma: el conductismo.

A través de las muchas reformas que ha tenido nuestra educación respecto a lo que se pretende lograr en el estudiante, vemos insistentemente que se desea desarrollar en él sus habilidades y capacidades para reflexionar acerca de su entorno y actuar en consecuencia.

Desafortunadamente he tenido la oportunidad de escuchar, y ver, a muchos maestros dando sus clases y penosamente me doy cuenta que lo que menos se hace es motivar al alumno para que desarrolle sus capacidades y ni que decir de sus habilidades.

Quizás es oportuno comentar que la noción de competencia apunta más a lo que el sujeto pueda hacer, que a lo que hace efectivamente<sup>1</sup>. La interrogante más interesante en este punto es saber si las competencias se forman o se desarrollan.

Escuchamos en distintos frentes que todos nacemos con ciertas competencias y habilidades (inmaduras, pero a final de cuentas son tales). De ahí que pudiera inferirse que lo deseable del educador es que las desarrolle y a través del tiempo se conviertan en habilidades bien cimentadas que le permitan al individuo desempeñarse óptimamente en su entorno próximo y en el mundo social.

---

<sup>1</sup> EL DEBATE EPISTEMOLÓGICO DE FIN DE SIGLO Y SU INCIDENCIA EN LA DETERMINACIÓN DE LAS COMPETENCIAS CIENTÍFICO-TECNOLÓGICAS EN LOS DIFERENTES NIVELES DE EDUCACIÓN FORMAL.

Carlos Cullen.

Crítica de las razones de educar.

Paidós, Argentina.

Esas competencias y habilidades van madurando conforme el crecimiento físico y mental de los individuos, apoyado por su entorno familiar y social. En virtud de las vivencias de cada uno, se determina la habilidad y competencia para tal o cual tarea. Dicho de otra manera, el niño cuyas circunstancias contextuales lo orillen al manejo de operaciones aritméticas (por ejemplo, una tienda), tendrá más posibilidades de desarrollar sus competencias y habilidades en esa área del conocimiento. Podemos deducir, entonces, que el conocimiento es experiencia.

Es ocioso afirmar que todos aquellos que nos encontramos frente a las aulas hemos pasado también por ese proceso contexto-experiencia-conocimiento. Naturalmente las experiencias son tan distintas como alumnos y maestros existen en los salones. El reto estriba verdaderamente en sólo una pregunta: ¿qué hacemos con la experiencia?

El ya común término “*aprendizaje significativo*” tiende a tener cada vez menos “*significado*”; en las aulas no ha sido posible erradicar (y en muchos casos ni siquiera concientizar) el problema del aprendizaje memorístico.

El caso se vuelve más severo cuando aquellos que nos encargamos de la educación de los futuros maestros de educación básica no alcanzamos a comprender la importancia de ello. En muchas instituciones formadoras de maestros se llevan asignaturas tales como La enseñanza de las matemáticas, la enseñanza de la biología, La enseñanza de la geografía, entre otras; sin embargo, la mayoría de los titulares de esas asignaturas no tiene claro el propósito de las mismas que, en general, expresa que se debe desarrollar en los alumnos sus capacidades y habilidades para **enseñar** los contenidos de esa asignaturas en el aula. Por el contrario, se enfocan más a una especie de *repaso* de todo aquello que los estudiantes normalistas vieron durante su estancia en las distintas etapas de su educación básica.

Las consecuencias de esto son lamentables: el alumno egresado de las normales (con sus valiosas excepciones) no tienen la menor idea de cómo mediar entre el conocimiento y sus alumnos. En el mejor de los casos, el maestro se da cuenta y decide actualizarse, sin embargo, la mayoría recurre a la repetición monótona y sin sentido de los contenidos educativos.

¿Cómo, entonces, desarrollar competencias y habilidades en los alumnos si quién debe ser el encargado de ello no es competente ni tiene las habilidades para lograrlo?

Parece complicado, pero no lo es. Sucede que realmente el maestro no se da cuenta que todo cuanto nos rodea es susceptible de ser usado como instrumento de enseñanza. Eso es justamente lo que hace productiva nuestra experiencia en el aula: la contextualización de las vivencias a fin de que los estudiantes puedan encontrar sentido a lo escrito en los libros de texto.

Ahora bien, estamos conscientes que una oportunidad (léase *problema*) puede abordarse y resolverse de distintas formas. Sólo baste recordar que cuando planeamos ir a algún lugar tenemos la posibilidad de diseñar distintas rutas, tal vez algunas más óptimas que otras, pero se logra el mismo resultado. De hecho, en el mundo laboral y familiar del hombre común ocurre lo mismo, se nos presenta una oportunidad y es nuestro *rollo* el cómo lo resolvemos, lo importante es eso: resolverlo.

Entonces, volviendo al diálogo sostenido con mi alumna descrito al principio, y si me perdonan la expresión: ¿a quién diablos le importa cómo resolvió la ecuación? Lo importante es eso: lo resolvió.

La escuela conductista debe estar cada vez menos presente en las aulas (aunque no puede ser eliminada del todo en el contexto familiar, eso será motivo de otro análisis). El papel del maestro actualmente debe rebasar esos esquemas añejos de orillar al alumno a grabarse literalmente la forma de resolver problemas. Es más importante darle libertad para que construya y desarrolle su propio conocimiento y, lo más importante, que sepa la utilidad de este en su vida cotidiana. A final de cuentas, el maestro no estará a su lado cuando deba tomar decisiones en su vida adulta.

El caso particular que abordé al inicio es el vivo ejemplo de la mejor manera de *matar* la iniciativa de los estudiantes por investigar y crecer académica y personalmente. Al mismo tiempo, no me preocupa tanto pues aún está en proceso de su formación académica.

Es difícil tener estadísticas, ya no digamos confiables, sobre los maestros que actualmente continúan con la vieja usanza de la teoría conductista, sólo puedo referirme a lo que he observado. Casos graves he visto incluso de aquellos que recurren al castigo físico como *refuerzo* para que el niño aprenda, y más grave aún, con la complacencia (y en algunos, a petición) de los padres.

La teoría constructivista está en boga, aunque al igual que el famoso *aprendizaje significativo*, no todos entienden cómo *construirlo* para darle significado. Pero esa... esa es otra historia.